

# Al señor Antonio Veneziani

[Poema - Texto completo.]

Miguel de Cervantes Saavedra

Si el lazo, el fuego, el dardo, el puro hielo  
que os tiene, abrasa, hiere y pone fría  
vuestra alma, trae su origen desde el cielo,  
ya que os aprieta, enciende, mata, enfría,  
¿qué nudo, llama, llaga, nieve o celo  
ciñe, arde, traspasa o hiela hoy día,  
con tan alta ocasión como aquí nuestro,  
un tierno pecho, Antonio, como el vuestro?  
El cielo, que el ingenio vuestro mira,  
en cosas que son d'él quiso emplearos  
y, según lo que hacéis, vemos que aspira  
por Celia al cielo empíreo levantaros;  
ponéis en tal objeto vuestra mira,  
que dais materia al mundo de envidiaros:  
¡dichoso el desdichado a quien se tiene  
envidia de las ansias que sostiene!  
En los conceptos que la pluma  
de la alma en el papel ha trasladado  
nos dais no sólo indicio pero muestra  
de que estáis en el cielo sepultado,  
y allí os tiene de amor la fuerte diestra  
vivo en la muerte, a vida reservado,  
que no puede morir quien no es del suelo,  
teniendo el alma en Celia, que es un cielo.  
Sólo me admira el ver que aquel divino  
cielo de Celia encierre un vivo infierno  
y que la fuerza de su fuerza y sino  
os tenga en pena y llanto sempiterno;  
al cielo encamináis vuestro camino,  
mas, según vuestra suerte, yo dicierno  
que al cielo sube el alma y se apresura,  
y en el suelo se queda la ventura.  
Si con benigno y favorable aspecto  
a alguno mira el cielo acá en la tierra,  
obra ascondidamente un bien perfecto  
en el que cualquier mal de sí destierra;  
mas si los ojos pone en el objeto

airados, le consume en llanto y guerra  
así como a vos hace vuestro cielo:  
ya os da guerra, ya paz, y[a] fuego y hielo.  
No se ve el cielo en claridad serena  
de tantas luces claro y alumbrado  
cuantas con rica habéis y fértil vena  
el vuestro de virtudes adornado;  
ni hay tantos granos de menuda arena  
en el desierto líbico apartado  
cuantos loores creo que merece  
el cielo que os abaja y engrandece.  
En Scitia ardéis, sentís en Libia frío,  
contraria operación y nunca vista;  
flaqueza al bien mostráis, al daño brío;  
más que un lince miráis, sin tener vista;  
mostráis con discreción un desvarío,  
que el alma prende, a la razón conquista,  
y esta contrariedad nace de aquella  
que es vuestro cielo, vuestro sol y estrella.  
Si fuera un caos, una materia unida  
sin forma vuestro cielo, no espantara  
de que del alma vuestra entristecida  
las continuas querellas no escuchara;  
pero, estando ya en partes esparcida  
que un fondo forman de virtud tan rara,  
es maravilla tenga los oídos  
sordos a vuestros tristes alaridos.  
Si es lícito rogar por el amigo  
que en estado se halla peligroso,  
yo, como vuestro, desde aquí me obligo  
de no mostrarme en esto perezoso;  
mas si me he de oponer a lo que digo  
y conducirlo a término dichoso,  
no me deis la ventura, que es muy poca,  
mas las palabras sí de vuestra boca.  
Diré: «Celia gentil, en cuya mano  
está la muerte y vida y pena y gloria  
de un mísero cautivo que, temprano  
ni aun tarde, no saldrás de su memoria:  
vuelve el hermoso rostro blando, humano,  
a mirar de quien llevas la victoria;  
verás el cuerpo en dura cárcel triste  
del alma que primero tú rendiste.  
Y, pues un pecho en la virtud constante  
se mueve en casos de honra y muestra airado,  
muévale al tuyo el ver que de delante  
te han un firme amador arrebatado;

y si quiere pasar más adelante  
y hacer un hecho heroico y extremado,  
rescata allá su alma con querella,  
que el cuerpo, que está acá, se irá tras ella.  
El cuerpo acá y el alma allá cautiva  
tiene el mísero amante que padece  
por ti, Celia hermosa, en quien se aviva  
la luz que al cielo alumbra y esclarece;  
mira que el ser ingrata, cruda, esquiva  
mal con tanta beldad se compadece:  
muéstrate agradecida y amorosa  
al que te tiene por su cielo y diosa».